

## LA FLAMA INMORTAL DE LA REVOLUCION

Pensando cada una de mis palabras, anuncio esta revolución de mañana: *la revolución de la vida* contra la abstracción del cuartel. El que no ha sido *revolucionario* más de una vez en su vida, no lo ha sido nunca. El que se declara satisfecho porque su partido ha llegado al poder y se contenta en seguida con arrastrarse bajamente ante los principios abstractos de *partido* o de *clase*, no es más que un arribista interesado y no un revolucionario. *La revolución es tan eterna como el falso ideal de poderío material*. Su secreto está en su renovación: cambia constantemente de frente. Ahora tiene que combatir a los *reaccionarios*, entre los cuales unos prefieren el dogma capitalista y otros se declaran comunistas, pero que juntos defienden la misma fortaleza. La revolución del espíritu y del corazón se ha vuelto ineluctable, como lo ha sido en otra forma la revolución material. El círculo vicioso de la economía actual será su causa determinante. Y aun si el *realismo* llega a resolver las dificultades materiales, será vencido. Porque el progreso técnico y la inevitable disminución de la jornada de trabajo serán los dos polos de la revolución de mañana. La máquina que produce mercancías crea igualmente ocios: allí está precisamente su valor profundo. Estos ocios serán la dinamita que abrirá la primera brecha en las murallas de la sociedad materialista e inhumana. El comunismo tiene, pues, perfecta razón en hacer coincidir el advenimiento de su «paraíso terrenal» con la muerte del alma individual: porque el alma viviente no querrá ni podrá jamás soportar, después de una jornada de trabajo de cuatro horas, diez horas de... libertad al estilo ruso-americano. Y todas las playas del mundo, todos los partidos de football o de boxeo, todos los films y todos los autos, no harán cambiar nada. Porque el mundo comienza con el hombre. *Y el hombre sólo vive para la creación y el milagro.*—FRANZ WERFEL.

---

## LOS QUE NO HAN COMPRENDIDO

**H**ACE más de un cuarto de siglo que sostengo la necesidad de un concierto entre las Repúblicas latinoamericanas para contrarrestar el avance del imperialismo. Alrededor de la tesis he escrito media docena de libros, he dado centenares de confe-

rencias y he realizado viajes de circunvalación continental pagados de mi peculio.

Veinticinco años—digo veinticinco por costumbre, porque ya van siendo treinta—de testaruda afirmación, a lo largo de los cuales sólo encontré apoyo resuelto entre los universitarios. Durante ese tiempo fuí sucesivamente, según las miserables interpretaciones de los interesados en embrollar las cosas, el mensajero estipendiado de España, de Inglaterra, de Alemania, de Rusia. En la campaña he perdido, sin embargo, no sólo mi haber, sino hasta mi situación de escritor, puesto que quien se inició con todos los éxitos se halla oprimido hoy por la palabra de orden: hay que inmovilizar al propagandista.

La coordinación de las repúblicas de nuestra América en vista de movimientos globales, sigue siendo, a pesar de todo, a mi juicio, un fenómeno de gravitación tan inevitable como la caída de un guijarro que la mano abandona, o la marcha de un río hacia la atracción del mar. Ninguna coalición de intereses, ningún egoísmo, ninguna fuerza del mundo podrá impedir esta reacción. Sólo cabe debatir dos cosas. Primero: las condiciones (desfavorables, peligrosas o desesperadas) en que se realizará la confluencia, según el plazo más o menos largo que tarde la verdad en llegar hasta el gobierno. Segundo: la extensión (disminuída, limitada o exigua) a que se extenderán sus beneficios, ya que la avalancha imperialista va sumergiendo gradualmente nuevos territorios, cuyo rescate parece cada vez más difícil. Como consecuencia del desmigajamiento y de las concepciones mantenidas contra toda evidencia por las oligarquías dominantes, día a día se acentúan los éxitos del invasor; y es visible que a medida que el tiempo pasa será más penoso el esfuerzo y más reducido el radio en que lograremos afirmarnos. Hay que acelerar, pues, la realización del porvenir, reanudando la tradición de los hombres de la independencia y haciendo que las repúblicas más sólidas encabecen el movimiento, cumpliendo la misión a que se hallan destinadas por la geografía, el prestigio o la prosperidad.

Tal es la teoría que desde 1903 trato de transmutar en direcciones concretas, susceptibles de ser aplicadas al instante en que vivimos. Una nación es un ideal, alrededor del cual se suceden generaciones que son a la vez fruto y simiente; y dado que el porvenir sólo germina en forma de resultado supremo y en la finalidad más alta, hay que considerar el sacrificio como un deber, reservándose el premio exclusivo en la conciencia.

Pero muchos no lo entienden así. Para ellos soy el «hombre que no ha comprendido». No he comprendido que en nuestros países para «llegar», hay que recabar previamente la bendición

de los extraños. Interminables hileras de políticos, de artistas, de hombres de negocios marcan el camino que se ha de seguir para alcanzar la vida cómoda, la riqueza y el triunfo. Esta situación, estruendosa a fuerza de ser pública, no ha podido, parece, ser percibida por mi entendimiento. Ni por asomo se les ocurre pensar que, conociendo la envilecedora sujeción y sabiendo a lo que me expongo, persista en empujar la idea que me cierra todos los caminos. Algunos me gritan, caritativamente «no es por ahí», como si, en la carrera loca hacia la felicidad, tuvieran el remordimiento de dejar a la zaga al que se extravía. Y como sigo impertérrito, concluyen: «no aprenderá nunca».

Salta a los ojos que no hubo animosidad contra ningún país y que sólo entró en juego el ansia confesable y legítima de preservar los desarrollos de nuestro grupo racial. He resultado sin embargo más de una vez el murmurador molesto que no deja oír la sinfonía de Beethoven que algunos «virtuosos» hombres de Estado ejecutan genialmente en el teclado de América para amenizar los altruísmos bancarios de los prestamistas.

La tesis de conglomeración racial, de resistencia a las influencias extrañas y de valorización de nuestro propio acervo, formulada mucho antes de la guerra de 1914, en horas en que, hallándose Europa intacta, se podía hacer fácilmente una política de compensaciones, levantó así, desde el principio, hondas resistencias, no sólo en el seno del imperialismo, interesado como es lógico, en ahogar cuanto se opone a su avance, sino entre los mismos cuyo porvenir se defendía. Lo primero estaba previsto, aunque no en la forma que tomó la represalia. Lo segundo, no. Al empezar la campaña creí que el desinteresado grito de alerta que lanzaba un latinoamericano sin más ambición que la de ser útil a los suyos repercutiría ampliamente en los corazones.

Pero en mi tierra llegó la ceguera hasta motejarme de renegado y antipatriota. Como en el drama de Ibsen fuí el «enemigo del pueblo» porque denuncié que estaban envenenadas las aguas de la política lugareña. Tales directivas no eran, pese a quien pese, más que una prolongación de la historia del país. Si los argentinos de 1810 juzgaban comprometida la independencia del Río de la Plata mientras no se obtuviera la independencia del Alto Perú ¿cómo no ha de enlazarse, hoy como ayer, (en épocas en que las comunicaciones son más rápidas y los medios de dominación más eficaces) nuestro destino con el destino de las demás repúblicas? Al abarcar el problema en conjunto, lejos de desinteresarme de la suerte de la mía, la defendí en sus proyecciones estratégicas, dando a la palabra su sentido dentro de la civilización. Porque el ímpetu solidario que favorece a todos los pueblos

de nuestro grupo preserva particularmente a los que conservaron su soberanía más intacta. Nadie debió desconocer el imperativo de esta lógica. Pero la opinión fué inducida en error por los interesados en prolongar la confusión; y en medio del apresuramiento por obtener puestos y jerarquías, la campaña idealista sólo alcanzó a ser mesa de enganche para los soñadores, es decir, para los parias de nuestra América, donde el afán de riquezas materiales acabará por aniquilar toda grandeza moral.

A la edad en que todos han logrado una vida y se han hecho, grande o pequeño, un hueco amable, seguimos siendo los rebeldes, los disidentes, los díscolos, que por no haber sabido ser «hábiles», en la subalterna acepción del término, sólo alcanzaron la calumnia, la pobreza y la expatriación. Es verdad que dirigiéndonos a los «que han comprendido» les podemos decir:

—Entre nosotros hay una diferencia grande; ustedes vivieron de la patria, nosotros para ella.

O lo que tuve que contestar a un político interesado en «contar con mi concurso»:

—Y después que usted triunfe ¿qué vamos a hacer, señor? Porque la presidencia podrá tener interés para usted, pero lo que el país espera son ventajas positivas....

—Política....—murmurará alguien.

Política, no. Intervención del ideal en la vida. Si nos hubiéramos limitado a hacer arabescos con el estilo, a contar historias imaginarias, o simplemente a escribir versos, como es siempre en los comienzos la vocación más pura, nos hubiesen dejado divagar. Eso no molestaba a nadie. De haber hecho dentro de los cánones usuales la política que consiste en subir, hubiéramos ocupado los puestos vistosos que se otorgan a menudo a los que menos suspicacias internacionales levantaron. Pero al defender a la nación en sus fundamentos, hemos herido intereses *dentro y fuera de ella*. Mientras tanto usufructúan el presente, resulta casi un pecado pensar en el porvenir. Y eso es lo que no nos perdonan, a nosotros, los que «no hemos comprendido».—M A N U E L U G A R T E.

(Exclusivo para ATENEA).—Niza, Febrero, 1932,